

Una antología de García Lorca

SE ha publicado una colección de poesías de Federico García Lorca. Una antología muy lejana de la que esperábamos para el poeta granadino. Esta colección de poemas está introducida por un prólogo de Luciano de Taxonera que nos ha dejado aún más triste que el tristísimo criterio que ha presidido a la recolección de poemas. El prólogo de Luciano de Taxonera demuestra globalmente y en detalle, la ausencia absoluta en que vive su autor de la poesía moderna española. La visión que da de Federico García Lorca es la que podría dar un hombre que hubiese oído varios recitales de Manolo Gómez. Ve en Federico García Lorca el inevitable poeta andaluz, precioso, con rumor de semillas populares y fina musicalidad, lleno de fulgores y reflejos a cual más lleno de novedad y brillantez, signo



este que tanto podría convenir a Salvador Rueda como a Adriano del Valle, o, en el peor de los casos a cualquier poeta de los que hablan de gudejas y juncos marineros. Esta absoluta incompreensión se ve empeorada por observaciones inexactas. «El soneto, tan desdeñado por las generaciones modernas». Ignoramos cuáles pueden ser las generaciones modernas del prólogo, pero si se refiere a la generación del 98, desde Rubén Darío a Antonio Machado, pasando por Unamuno, Valle Inclán, Manuel Machado y demás, el soneto es un constante. Si se refiere a las generaciones más próximas, todas las tendencias líricas que van desde el 1920 al 1935 tienen autores que cultivan el soneto: lo cultivó Juan Ramón Jiménez, Lorca, Alberti, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén, Gerardo Diego, por no citar sino los que viven más popularmente. Si se refiere a la generación de postguerra, su afirmación sólo puede considerarse como una alada ironía: desde Rídruejo hasta «Abril de Alma», de J. A. Muñoz de Rojas, es el soneto la enfermedad que más veces aqueja a los poetas.

Luego de este prólogo no puede sorprendernos ver aquí una vez más al Lorca de pandereta. Exceptuando el «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías», todo lo publicado son apenas poemas de adolescencia —lo más antiguo el «Romancero Gitano», estaba escrito en 1924 casi todo—. Y a partir de entonces parece que no escribió nada para esta antología Federico García Lorca. Ni el «Diwan del Tamarit», ni «Poeta en Nueva York», ni los «Sonetos del amor oscuro», ni el libro de «Odas». Ya va llegando el momento que se revise la obra de García Lorca. Que se sepa que existe algo más que el «Romancero Gitano», que es su poesía menor. El volumen, mal cuidado, nutrido con una absurda tinta violeta, sin referencias de a qué libros pertenecen los poemas, sin ningún criterio de selección, mezclados arbitrariamente, roídos de erratas, enloquecidos por una puntuación a capricho. En conjunto, un libro donde sólo podemos elogiar el buen deseo de ofrecer de nuevo a los españoles la obra de uno de sus más altos poetas. —NESTOR LUJÁN

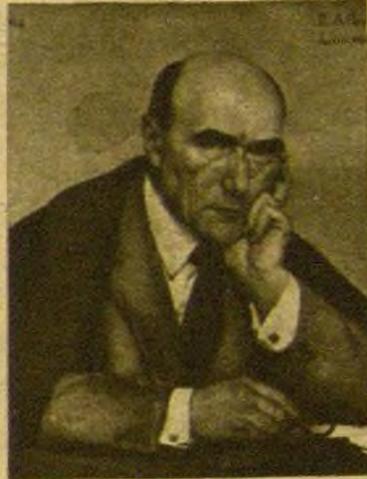
EXEQUIAS DE UNA EPOCA

por JUAN RAMON MASOLIVER

RECIENTEMENTE dábamos noticia, en estas líneas, de la desaparición, por esta vez definitiva, de la «Nouvelle Revue Française». Noticia no muy fresca —las comunicaciones con París distan de ser normales—, aunque sus efectos seguirán siendo, durante mucho tiempo, de rabiosa actualidad. Porque la N. R. F. fué, en lo que va de siglo, el único nexo

de unión entre los literatos europeos; no me refiero al lado convivial—resuelto por los PEN Club y demás rotarismos de entonces— sino a su papel de auténtico palenque de las Letras. Revista y publicaciones de la «rue» de Grenelle constituían el espaldarazo, no ya tan sólo para los escritores franceses sino también, a través de su traducción, para los propios extranjeros. Así, la N.R.F. desveló para el público europeo la espléndida floración narrativa de Rusia, heredera de la gran tradición de los Gogol, Dostoyevski y Andreiev; la joven generación de la novela inglesa; y, sobre todo, la literatura americana de hoy, de Elliot a Saroyan y Margaret Mitchell. Y a través del Continente, no nos valían la «Nuova Antologia» o «Pègasos», la «Europäische Rundschau», «Criterion» o la «Edinburgh Review», ni tan siquiera el caduco «Mercure de France» o la nueva «Transition»; por Europa adelante, el lenguaje convencional entre el lector extranjero y los literatos indígenas era el de la «Nouvelle Revue Française». Este es el que se hablaba en la cátedra suiza de Thibaudet, en la renana de Curtius, en la genovesa de Pellizzari, entre los ingleses de la Costa Azul y de la Riviera, los americanos y escandinavos de Capri, los españoles, los rumanos y rusos.

Hay una N.R.F. surgida por los años de 1908 a impulsos de André Gide, de Jean Schlumberger y de Copeau. Eran los valores nuevos que, dejando a los parnasianos y simbolistas momificados del «Mercure», echaban las bases del siglo nuevo. Hay una segunda época de la revista: la que, hacia 1918, hundió definitivamente el prestigio del «Mercure». Dos jóvenes: Jacques Rivière y Jean Paulhan, se habían sentado en la silla directorial y, con la *longa manus*, de André Gide, dieron profundidad y seso a la publicación. Fué la edad de oro de la revista, cerrada sensiblemente en 1925, a la muerte temprana de Rivière. Fueron los años en que la N.R.F. daba patentes de poeta, de narrador o de ensayista a Europa entera; cuando los nombres venerables iban cediendo el paso a los que hoy son senadores de las Letras. No la habían escalado aún los vanguardistas, o acaso tímidamente (de éstas se encargaban, por entonces, La Sirène, Kra, Stock y Vers et Prose). Vanguardias que vinieron en masa en la tercera época, cuando el prestigio de la revista se mantenía gracias a los escritos póstumos de Rivière, a su correspondencia con Alain-Fournier,



André Gide

a los ensayos de Paulhan y a los obligados «Propos» de Alain.

Como quiera que sea, dudo que en ningún momento de la Historia las jóvenes generaciones hayan tenido más fácil acceso a una revista y unas ediciones sesudas que en esa tercera época. Y concretamente los surrealistas—con Breton, Aragón, Eluard, Soupault y Desnos a la cabeza—, quienes por las portadas rojinegras de la revista de la «rue» de Grenelle abandonaron a José Conti y sus ediciones surrealistas. Y el tiempo dirá si el señuelo de las grandes tiradas y del prestigio internacional que las tres iniciales fatídicas traían consigo, no ha contribuido a ajardinar y volver amables y musicales las selvas oscuras del surrealismo primigenio. De otro modo, si la dulcificación del surrealismo y ese su cubrirse con la toga; cerrando el paréntesis iniciado por los anatemas de Marinetti y las divertidas locuras de Picabia y amigos; no se deben al influjo de la «Nouvelle Revue Française»: al poder de captación de Paulhan, de Cremieux, de Fernández.

Mas es destino que lo joven devenga maduro y caduque. Ni la aquietada sangre surrealista, ni las nuevas corrientes políticas, ni tan siquiera el recuerdo de Rivière y las inyecciones de Gide y Paulhan, podían evitar la aparición de otras revistas, el scamoteo a favor de las nuevas. Y la guerra europea, con la ocupación alemana y la triste condición a que fué sometida París, dieron el golpe de gracia al edificio de la N.R.F. Pierre Drieu La Rochelle, uno de los neosenadores, uno de los conversos, al empuñar en días confusos el gobernalle de la revista cayó en el error, explicable, de tomar por cuerpos sólidos los fantasmas. Creyó en nuevos paraísos, se entregó al bonito deporte de la profecía. Y con el impagable Chardonne, el sensato Salmon, que antaño fué maestro de vanguardistas, y otros por el estilo.

Tres años de dirección de Drieu bastaron para reducir la revista a la triste altura de las suizas, que tanta materia de burla habían dado al propio poeta católico. Los valores de la casa—refugiados en la otra zona, en el extranjero, o metidos en sus hogares—iban desertando de la revista; la cual—con sus eternos Giono, Follain, etc.—se hacía más plúmbea que el «Mercure» del año 20. Por otra parte, los «Cahiers du Sud»—superada su crisis en 1940—, «Messages» y «Confluences», revistas de la zona libre, iban ganando en tino y enjundia, segaban la yerba bajo los pies de Drieu. Desde Suiza, los nuevos «Cahiers du Rhône» le dieron la puntilla. La N.R.F., desconsolada, fué abandonando el terreno político; se iba reduciendo a un mosaico de textos más o menos poéticos, menos que más místicos: algo tan soporífero y vano como los antiguos cuadernos de Daniel-Rops. La falta de jefes, el vacío que sistemáticamente ha venido haciendo en derredor de los maestros, el absurdo mea culpa entonado por el propio Drieu, le han llevado a la muerte. A una muerte sin gloria.

Tres años han bastado—como decíamos días atrás— a Drieu La Rochelle para hundir la obra de Rivière, de Gide y Paulhan. No se lo agradezcamos. En nombre de lo que la «Nouvelle Revue Française» ha representado para las generaciones europeas de este siglo, alegrémonos de la muerte de la revista de Drieu. Otros, y pronto, recogerán la antigua llama y alumbrarán el faro que ha de guiarnos a la salida de esta convulsión de hoy.

ESCAPARATE

«BAJO LAS CONSTELACIONES» (Viajes de Gil del Mar), por Carlos Buigas. — Editorial Bruquera, Barcelona.

La extraordinaria fantasía de Carlos Buigas, que ya más de una vez ha tomado cuerpo de realidad haciéndonos vivir a todos en mundos de ensueño, ha hallado ahora una válvula de escape al reencarnarse a sí mismo en un marino aventurero, palpitante de inquietudes, ansioso de infinito, que se lanza a fantásticos viajes por países, reales unos, y supuestos otros —Alemania, Noruega, Islandia, el País de la Filosofía, el del Lirismo, el de la Objetividad, el de la Inflación Intelectual, etc.—, y luego, en un afán de evasión en el tiempo y en el espacio —impulso típico del Romanticismo—, se remonta con la imaginación a épocas pretéritas, a siglos por venir, a planetas, estrellas y nebulosas de los que por ahora sólo conocemos la existencia e ignoramos todo lo demás.

Podría inferirse de lo dicho que el libro del mago del agua y de la luz es, en definitiva, una novela más del género en que es maestro H. G. Wells. No es así. No hay tal novela. Cabe decir que es vano intento pretender situar esta obra en género específico alguno. En todo caso, lo que se puede

afirmar es que se trata de las divagaciones lírico-realistas de un poeta de la ciencia. Porque Buigas es eso: el científico capaz de elevar hasta lo inconmensurable su labor material —y no siempre y precisamente en la fantasía—, dándole un altísimo sentido poético. Díganlo si no el prodigio de las fuentes de Montjuich —prodigio, acaso por demasiado próximo, no debidamente apreciado por nosotros—, el de la fantasmagórica iluminación de las cuevas del Drach, en Mallorca, y el proyecto de iluminar la montaña de Montserrat, con miras a plasmar el dorado sueño de los melómanos: ver representado entre aquel gigantesco escenario de piedra el festival sacro de Wagner, «Parsifal». Y por si todo ello no fuera suficiente, citemos en apoyo de nuestro aserto unos párrafos del prefacio del libro que nos ocupa: «Lo poético es lo que nosotros ponemos en las cosas; es como un halo, hecho con la substancia inmaterial de nuestro espíritu.» Y a seguido: «Mi imaginación, bastante despierta, arrastraba siempre un lastre de lógica. Me placía imaginar tan sólo lo físicamente posible, y luego ingeniarme por resolver los medios que hicieran verosímil el ensueño. Así elevaba al aire las cometas de mis fantasías, siempre retenidas por un hilo bien

sujeto al suelo.» Son palabras de «Gil del Mar». Y, cosa extraña, el autor sabe huir de la aridez propia del técnico, dando amenidad y galanura a la exposición de sus teorías y de sus exaltaciones filosóficas y científicas.

Un libro extraordinario sobre el más pequeño y, también, el más grande reino del mundo

MUNDO VATICANO

por ARTURO LANCELLOTTI

Un lujoso volumen de 324 páginas con 16 láminas sobre papel couché y sobrecubierta a tres tintas.

Precio: 30 ptas.

Ediciones Destino, S. L.

Entre líneas

El argumento de «Angélica», de Frank Thiess, es sencillo. El matrimonio de una joven con un hombre muy distinguido, pero a quien ella no ama. Intenta una fuga, que se malogra. En su interior está temblando ya una vida nueva, y al nacer este hijo, Angélica muere, y sólo al darse cuenta de que la muerte se acerca, sabe de repente que, en el fondo, quería a su marido. Y eso es todo. Y, sin embargo, esto no es nada. Lo que hay es lo intraducible, lo indecible. Al entrar con el autor en un mundo maravilloso que es «Angélica», donde

cada página es como un delicado pétalo doloroso. Nos dolemos con ella de sensaciones que no sabemos explicar, y nos dolemos con una delicada ternura y nace toda su vida interior, esa vida interior terrible de una mujer que se cree desposada sin amor, porque sus extraños sentimientos tan dolorosamente delicados rotan unos con otros como unos pétalos en una rosa. «Angélica» es un libro tan exquisito, que anima dentro de nosotros largo tiempo la vida de una mujer que nos acompaña, que nos ayuda y que nos duele terriblemente. Una mujer de las que viven corazón adentro con una indefinible música en nuestra sangre.

La Alta Comisaría de España en Marruecos ha organizado un ciclo de conferencias sobre la obra desarrollada por España en su Protectorado. Es magnífico reconocer hoy la extensa obra que se está llevando a cabo, como van desarrollándose con acer-



tadas medidas el intercambio comercial de Marruecos y la puesta en valor de las riquezas de aquellos territorios.

Las conferencias que se están celebrando en el Ateneo Barcelonés, en la Biblioteca Central, en el Centro Cultural del Ejército, demuestran una vez más el calor que anima a la empresa colonizadora de España, enriqueciendo la faja española marroquí con nuestra cultura, Comercio e Industria.

Este ciclo de conferencias, que comenzó el 25 de enero, acabarán el 5 de marzo, con una conferencia de don Juan Fontán Lobé, director general de Marruecos y Colonias, en el Teatro Comedia, sobre la tradición colonial española.

El nombre de Dorothy Thompson es muy conocido en el periodismo mundial. Dorothy Thompson es una de las mejores periodistas norteamericanas. Se cuenta que en 1927 estaba en Berlín, siendo corresponsal en Europa de varias revistas; hacía poco que había solicitado su divorcio. Por aquel tiempo llegó a Berlín Sinclair Lewis y ella fué a entrevistarse. Luego de haber sido interrogado profusamente, Sinclair Lewis dijo: —Miss Thompson, ¿me permite ahora a mí hacerle una pregunta? —Naturalmente —respondió sorprendida. —¿Quiere usted casarse conmigo?

Al regresar a su hotel, Dorothy Thompson recibió la noticia oficial de que su divorcio había sido aprobado. Días más tarde se convertía en Mrs. Sinclair Lewis.

EDGAR WALLACE

Es el autor de EL GEROGLIFICO La intrigadora novela que EDITORIAL MOLINO

acaba de publicar en su COLECCION BIBLIOTECA ORO, donde vienen colaborando, desde hace diez años, los escritores más famosos del género detectivesco y de aventuras, ofreciendo siempre a sus lectores lo mejor de cuanto se publica en el mundo entero.

Ultimos títulos publicados: E. Ph. Oppenheim, El hombre sin nervios. — Agatha Christie, Navidades trágicas. — R. Austin Freeman, El mono de barro. — V. Arial Archidona, El caso del criado guaraní. — Stuart Palmer, El enigma del avión. — J. J. Morán, El misterio de las siete trompetas

Editorial Molino, Urgel, 245. Barba